

## Las “serenatas”

Se suele decir que Canarias es un continente en miniatura en el que se han enlazado diversas costumbres procedentes de otras tierras. Esta fusión está determinada por nuestra forma de ser y de sentir, adquiriendo con ello unos rasgos diferenciadores.

Una de estas aportaciones a nuestra cultura es la serenata. Como serenata se denomina en Montaña Cardones (Aruacas) el galantear o rondar, durante la noche, a las mujeres. De ellas nos hablan Isaac Viera y Orlando Hernández aunque con el nombre de parrandas. El término de parranda también se utiliza, en Teror, para designar las juntas o reuniones que se hacían en los velorios o noches de parida.

Al acabar la faena del campo, es decir, al caer la noche, los hombres se reúnen en la tienda que a esas horas se transforma en cantina. Lo hacen para tomar una copa, firmar tratados con un simple apretón de manos, comentar la jornada, en definitiva para pasar el rato. Suelen llevar, el que tiene, instrumentos musicales con los que amenizan la noche. Cuando los ánimos de fiesta están a flor de piel los jóvenes se echan a la calle, para ir de casa en casa de serenata.

Al llegar frente a un portal, el chico que está tras una chica de las que allí viven le canta, generalmente en forma de isa, una copla como ésta:

Un rayo del día me parta,  
los demonios me comieran,  
si lo que hablo contigo  
lo hablase y no lo cumpliera.

La chica desde el interior, sin que él llegue a verla aunque ella a él sí, le responde, si el muchacho es de su agrado dándole pie:

Los demonios me comieran,  
los perros coman de mí,  
la luz del cielo me falte,  
si a otro quiero más que a tí.

No todos los chicos corrían con la misma suerte que el anterior. Veamos el caso siguiente:

Chico: Es tanto lo que te quiero  
que te quisiera llevar,  
de día en el pensamiento,  
de noche en el soñar.

Chica: Yo me enamoré de noche  
y la luna me engañó,  
otra vez que me enamore,  
será de día y con sol.

El chico para no quedarse atrás le respondió:

Asómate a la ventana  
cara de sardina frita,  
que cada vez que te veo,  
se me revuelven las tripas.

A tal insulto le respondió con un buen cacharro de agua.

Entre las gentes del pueblo el ir de serenata estaba bien visto. Las mujeres esperaban a que sus pretendientes les cantaran esas coplas. En Las Palmas de Gran Canaria, según nos cuenta Isaac Viera, el ir de serenata era prohibido por el sereno, el cual nos disolvía ya que molestaban a los vecinos con aquellos cantares.

Al día siguiente se comentaban mientras iban a misa de alba las anécdotas de la noche.

Hoy día las mujeres no esperan tras la ventana la llegada de sus pretendientes y éstos tampoco van de serenata a ninguna parte, el televisor ha dejado a un lado ésta y otras tantas costumbres de nuestro pueblo.

**DOMINGO PÉREZ NAVARRO**

Una vez existió una isla en medio del mar. La isla era próspera, tenía plantas, bosques poblados de pájaros y otros muchos animales, los ríos y el mar estaban rebosantes de peces, esperando a que los pescaran. Las gentes que habitaban esta fértil tierra vivían en paz y armonía. Se dedicaban principalmente a la agricultura, la caza y a la pesca. Los habitantes se querían unos a otros como si fuesen hermanos. Los animales salvajes que llenaban el bosque de vida, comían de manos de las buenas gentes.

Cuando las cosechas habían sido buenas, los agricultores celebraban una gran fiesta e invitaban a los demás habitantes de la isla, haciéndose regalos unos a otros.

Lo mismo ocurría con los cazadores y pescadores.

Cierto día sucedió algo increíble, inimaginable, horrible: Uno de los habitantes del sur de la isla había robado a uno del norte.

Poco a poco fue creciendo el desprecio hasta convertirse en odio. Los habitantes del sur y del norte no se podían ver.

Como venganza a los del sur, el norte llegó a matar a algunos sureños.

Los ancianos del lugar, tanto sur como norte, esta-

## La isla feliz

ban horrorizados ante el comportamiento en la isla. Nunca había sucedido nada igual y el odio no se conocía hasta entonces.

El más viejo de los ancianos propuso una idea. Los viejos de la comarca, construyeron una valla dividiendo a la isla en norte y sur. El más anciano dijo que cualquier sureño que cruzase la valla le darían muerte, e igual harían con los norteños. Pero esto no fue suficiente para producir la conformidad de los habitantes de la isla, ya que los norteños poseían en su territorio las mejores tierras para el cultivo, la caza y la pesca. Por esta razón estalló una terrible guerra civil.

Ya hacía mucho tiempo que había estallado, y un buen día el sol dejó de iluminar y un inmenso objeto proyectó su sombra sobre toda la isla. Las miradas, antes ocupadas en la muerte y destrucción, observaban una gigantesca cuchilla de acero. Se posó con gran estrépito y tronar sobre la valla que habían construido pacientemente los ancianos del lugar. La cuchilla dividió verdaderamente la isla en dos mitades, puesto que era tan grande que el límite de su altura se perdía entre las nubes. Las miradas atónitas de centenares de ojos fueron interrumpidas por un fuerte viento huracanado. Por ambos lados de la isla soplaba y chocaba con el resbaladizo acero de la cuchilla, rebotando y doblándose su potencia.

El viento ha barrido toda señal de vida en lo que fue una isla feliz. Ahora reina el completo silencio y el desnudo suelo puede verse hasta la orilla del vacío mar. Ni una sola planta, ni una sola araña le dan vida a aquel pedazo de tierra perdido en el océano.

**MANUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ PORTUGUÉS**  
Colegio Jesuitas (11 años)